

YOKO OGAWA

Hotel Iris



Hotel Iris

COLECCIÓN
LITERADURA

Yoko Ogawa

Hotel Iris

Traducción de Juan Francisco González Sánchez



Primera edición: marzo de 2017

Título original: *Hoteru Airisu* (1996)

© Yoko Ogawa, 1996, 2017

© Gakken Co., Ltd., 1996, 2017

Edición original japonesa publicada por Gakken Co., Ltd., Tokio

Derechos de traducción acordados con Yoko Ogawa

a través del Japan Foreign-Rights Centre y Ute Körner Literary Agent, S. L.

www.uklitag.com

© de la traducción: Juan Francisco González Sánchez, 2017

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2017

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-946164-5-7

Dep. Legal: M-7217-2017

Maquetación de interiores e ilustración de cubierta: © Gian Luca Luisi

Producción gráfica: GOHEGRAF

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Hotel Iris

AQUEL HOMBRE SE ALOJÓ en el Hotel Iris poco antes del comienzo de la temporada de verano. Había estado lloviendo sin descanso todo el día desde el amanecer, y, tras caer la noche, aún continuaba con mayor ímpetu, sumiendo el embravecido mar en tonos grisáceos. El viento lanzaba la lluvia al interior de la recepción cada vez que algún huésped entraba o salía, empapando la moqueta y dejándola hecha un desastre. No se veía un alma por la calle y todos los comercios habían apagado sus letreros de neón. Esporádicamente, pasaba algún coche que alumbraba con sus faros las gotas de lluvia.

En el momento en que me disponía a cerrar con llave la caja registradora, apagar las luces de la recepción e irme a la habitación, escuché el ruido de un objeto pesado al golpear contra el suelo y, seguidamente, el grito de una mujer.

Era un alarido prolongado, incesante. Tan largo que llegué a preguntarme si no se trataba de una risa.

—¡Maldito cabrón, perverso!

Una mujer salió despedida de la habitación 202.

—¡Viejo verde!

La mujer se enganchó con el pie en el borde de la moqueta, cayó al suelo del descansillo y, sin inmutarse, continuó lanzando improperios hacia la habitación de la que salía:

—¡Incluso tomar el pelo a alguien tiene sus límites! ¡No sabes ni tratar a una mujer en la cama! ¡Farsante! ¡Vejestorio de mierda! ¡Hijo de puta impotente!

No parecía haber duda de que se trataba de una prostituta. Incluso yo me daba cuenta de ello. La mujer no era muy joven. Alrededor del cuello, de marcadas arrugas, se le había enredado el pelo, el brillante pintalabios se le había corrido hasta las mejillas, y el rímel, emborronado a causa del sudor y de las lágrimas, se acumulaba en el rabillo del ojo. El seno izquierdo le sobresalía de la blusa sin abotonar, y, bajo la minifalda, los muslos mostraban un suave rubor color melocotón, mientras que la piel dejaba ver, aquí y allá, el rastro de las manos que la habían acariciado instantes antes. A duras penas, en uno de los pies calzaba un zapato de tacón, de plástico barato.

En el preciso momento en que la mujer interrumpió el griterío, de la habitación salió disparada una almohada

que acertó en su cara, lo que provocó un nuevo alarido. La almohada cayó al suelo del descansillo; tenía una marca de pintalabios sobre la funda.

Otros huéspedes, alertados por el alboroto, se habían concentrado en el pasillo, en pijama. Mi madre también apareció.

—¿Quién te crees que eres? ¡Cabrón! ¿Quién va a querer pasar la noche contigo? ¡Aunque me lo imploraras de rodillas, no conseguirías nada! ¡Lo propio de gente como tú es pedirselo a una gata, a ver si accede!

Le salía la voz ronca y, finalmente, el llanto se mezclaba con toses, sollozos y babas. De la habitación eran arrojados, sin piedad, uno tras otro, una percha, un sujetador abombado, el zapato de tacón restante y un bolso, que se abrió esparciendo el contenido. Ella hizo el ademán de erguirse para bajar las escaleras y huir, pero, debido al sofoco y a la falta de firmeza en los pies, no lograba levantarse.

—¿Qué es todo este jaleo? ¡Compórtense!

—¡Silencio! ¡No podemos dormir!

Los demás huéspedes lanzaban quejas y el ambiente iba caldeándose. Solo el otro lado del umbral de la puerta de la habitación 202 permanecía en silencio.

Desde donde yo estaba no era capaz de ver al hombre, que mantenía su mutismo y cuya existencia solo era delatada por la mirada llena de rencor que la mujer le dirigía y por

los objetos que habían salido volando. La mujer proseguía gritando mientras miraba hacia dicha cavidad silenciosa.

—¡Por favor! ¿A qué se debe este escándalo? ¡Salgan fuera a discutir, por favor! —exclamó mi madre.

—¡Sí, me voy inmediatamente! No hace falta que me lo diga. ¡Y no volveré más! —gritó la mujer, encarándose esta vez a mi madre.

—No voy a llamar a la policía —continuó mi madre—, pero, a cambio, espero que se me compense económicamente. Pero ¿qué es lo que ha pasado? Por favor, tranquilízense y vuelvan a sus habitaciones. Disculpen la molestia. Y tú... has de saber que esto supone un gran perjuicio para mí. ¡Esto no va a quedarse simplemente en el precio de la habitación!

Apenas hubo subido mi madre las escaleras, la mujer recogió los objetos del bolso e hizo ademán de ir a la salida, con la blusa aún desabotonada y el pecho descubierto que bamboleaba. Uno de los huéspedes dejó escapar un silbido.

—¡Un momento! ¿Cómo piensas pagarme? No creas que te vas a ir de rositas aprovechando el alboroto.

La preocupación de mi madre, hasta el último momento, no era otra que el dinero. La mujer hizo caso omiso a sus palabras y abrió la puerta de la entrada. Justo en ese instante resonó la voz del hombre:

—¡Cállate, puta!

Su voz, profunda y densa, nos atravesó a todos y aplacó el murmullo. No había en ella señal de ansiedad o enfado. Al contrario, era reflexiva, al modo en que hubiera sonado una breve nota tocada por un violonchelo o un corno inglés.

Me volví hacia él, que permanecía de pie en el descansillo. Su edad debía oscilar entre el final de la madurez y el inicio de la vejez. Vestía una camisa blanca bien planchada y unos pantalones marrón oscuro, y sostenía en la mano una chaqueta del mismo tejido. A pesar de todo aquel disturbio causado por la mujer, el hombre no tenía rastro de sudor alguno, y su respiración no se había alterado lo más mínimo: no mostraba ninguna incomodidad. Simplemente se le había alborotado sobre la frente el poco pelo que le quedaba.

Jamás había escuchado yo una orden rodeada por un eco de semejante hermosura, dicha con tal serenidad, dignidad y firmeza. Incluso la palabra «puta» me había sonado bella. Probé a repetirme a mí misma aquellas palabras: «Cállate, puta». El hombre, sin embargo, ya no volvió a abrir la boca.

La mujer, sin mostrar intención de volver, escupió sobre el suelo en dirección al hombre y abandonó el hotel. El espeso salivazo cayó sobre la moqueta.

—Bien, todo queda bajo su responsabilidad. Me va a pagar con creces el alboroto causado y los gastos de limpieza. Y, por supuesto, no va a volver a pisar este hotel. No quiero saber nada de hombres con líos de faldas. ¿Queda claro?

Mi madre hablaba sin parar, dirigiéndose al hombre, mientras los huéspedes iban volviendo a sus habitaciones. El hombre mantenía la mirada baja y permanecía en silencio. Poniéndose la chaqueta sobre los hombros, bajó las escaleras, sacó, estrujándolos, dos billetes del bolsillo del pantalón y los dejó, lastimosamente arrugados, sobre el mostrador de la recepción. Los cogí y los alisé despacito con la palma de la mano.

Me parecía que aún quedaba en ellos algo del calor del hombre, quien, sin dirigirme una mirada siquiera, salió y se alejó bajo la lluvia.

Siempre me pregunté quién habría elegido el extraño nombre de Hotel Iris, y por qué. Todos los hoteles de la zona tenían un nombre que hacía referencia al mar, y solo el nuestro se llamaba de un modo tan peculiar.

—Es el nombre de una hermosa flor. Además, así se le llamaba, en la mitología griega, la diosa del arco iris. No me negarás el buen gusto... —me había explicado mi abuelo, lleno de orgullo, cuando era pequeña.

Sin embargo, en el patio del hotel no florecía ninguna flor de iris. Tampoco rosas, pensamientos ni narcisos. Solo había un cornejo, un olmo y una maleza que crecía a sus anchas, y, como leve contrapunto, una fuente de ladrillo de la que, desde hacía tiempo, no manaba agua. En el centro se

erguía una estatua de yeso cubierta de excrementos de pájaro: se trataba de un niño de pelo rizado que vestía un frac y que, con la cabeza ladeada, tocaba un arpa. Carecía de labios y párpados, cosa que le otorgaba un aire melancólico.

¿De dónde habría sacado el abuelo todo aquello de la diosa? Nuestra familia no poseía libros de ningún tipo, menos aún sobre mitología griega.

Yo imaginaba a aquella diosa del arco iris, de cuello delicado, busto prominente, mirada fija en el horizonte y túnica transparente de siete colores, que hacía ondear a capricho y que cubría, en un instante, un mundo de magia. Si la diosa del arco iris hubiera tenido a bien alojarse en el hotel, el joven de la fuente habría podido tocar el arpa sin ese aire desvalido.

La «R» del letrero «HOTEL IRIS», que estaba instalado en el tejadillo del segundo piso, permanecía escorada hacia la derecha, haciendo que el conjunto perdiera su equilibrio. La letra parecía en un percance ridículo o, quizás, estaba sumida en funestos pensamientos. De cualquiera de las maneras, nadie se decidía a arreglar aquello.

El abuelo había muerto hacía dos años, del páncreas o de la vesícula. Un cáncer que se había extendido a la cadera, a los pulmones y al cerebro. Daba igual dónde se hubiera originado el cáncer: tras medio año de agonía, había expirado en su cama.

Nuestro hogar lo componían tres habitaciones pequeñas situadas detrás de la recepción, a las que apenas llegaba la luz del sol. Cuando nací, nuestra familia estaba formada por cinco miembros, incluida yo. La primera en dejarnos fue la abuela. Murió de una enfermedad del corazón, pero, como yo era muy pequeña, no conservo memoria de ello. El siguiente fue mi padre. Esto sí que lo recuerdo bien —hasta el último detalle—, porque tenía yo ocho años por aquel entonces.

Después fue el turno del abuelo. Murió en una cama que había pertenecido a una de las habitaciones de los huéspedes y cuyo somier estaba desvencijado, de manera que, cada vez que el abuelo se daba la vuelta, aquello era como si alguien estuviera pisoteando ranas.

Al volver del colegio, era yo quien, bajo expresa orden de mi madre, se encargaba de desinfectar el tubo que se introducía en la parte derecha de su abdomen y de tirar el líquido acumulado en la bolsa que había al otro extremo. Me daba miedo tocarlo: me parecía que solo haciendo un mínimo de fuerza podría desprenderse, dejando al descubierto un agujero por el que saldría un chorro de vísceras inflamadas.

El líquido producía un leve murmullo y mostraba un bonito color amarillo que yo miraba embelesada, preguntándome cómo sería posible que el interior del cuerpo humano escondiera algo así. Lo echaba al interior de la fuente del

patio, de modo que las puntas de los pies del joven arpista siempre estaban húmedas.

El sufrimiento del abuelo se prolongaba a lo largo del día, pero se hacía especialmente insoportable en las primeras horas del alba. Sus gemidos se entremezclaban con los gritos de las ranas, y se arrastraban y resonaban por el abismo oscuro. Las contraventanas eran de doble hoja y, aun bien cerradas, no podían evitar que se oyeran las quejas de algunos huéspedes, alarmados por aquella horripilante voz.

—Lo sentimos muchísimo. Los gatos en celo se juntan en el patio cada noche y parece que se desahogan un poco —se excusaba mi madre, con un intencionado e impostado tono meloso de voz, a la vez que sus dedos jugueteaban con la capucha de un bolígrafo sobre el mostrador de la recepción.

El hotel no cerró el día de la muerte del abuelo, a pesar de que era temporada baja y apenas había huéspedes. Curiosamente, justo ese día, un coro de mujeres, que se encontraba de viaje, se alojó en nuestro hotel. Así que, entre las oraciones recitadas por el párroco, se escucharon *Edelweiss*, *Tanima no tomoshibi* o *Lorelei*. El párroco bajaba la mirada y proseguía con el funeral, como si no le llegaran los cánticos. Una compañera de borracheras del abuelo, dueña de una tienda de ropa occidental, dejó escapar un sollozo y, como si de un acompañamiento armónico se tratase, en ese mismo

instante vibró la voz de una soprano. En cada momento de la ceremonia había una mujer cantando en algún lugar del hotel: en los aseos, en el comedor o en un balcón, elevando su voz sobre el cuerpo sin vida del abuelo. Sin embargo, la diosa del arco iris, finalmente, no había hecho acto de presencia para hacer ondear su túnica de siete colores en honor del abuelo.

Transcurridas aproximadamente dos semanas desde el incidente de la mujer, volví a ver al hombre. Caminaba yo por el pueblo, una tarde de domingo, para hacer las compras que me había encargado mi madre.

El día estaba despejado y el calor me hacía sudar. En la playa, unos jóvenes tomaban el sol como si fuera lo que más ansiasen en el mundo. La marea baja dejaba las rocas expuestas a la vista, a lo largo de toda la línea costera hasta la muralla. Los primeros turistas empezaban a dejarse ver por el embarcadero, esperando el ferry o sentados en las terrazas de los restaurantes. El rumor de voces que se escuchaba en el pueblo y el modo preciso en que la humedad de la muralla reflejaba la luz del sol anunciaban la inminente llegada del verano, a pesar de la frialdad, todavía persistente, del agua del mar.

El pueblo solo cobraba vida durante los tres meses de verano, tras lo cual volvía a ensimismarse, inmóvil, como si

de un fósil se tratase. En verano, el mar sereno abrazaba el pueblo, y las playas que se extendían de este a oeste brillaban en tonos dorados. La muralla derruida, solo visible durante la marea baja, y las verdes colinas que nacían en el cabo le concedían a la línea costera una expresividad llena de encanto. Las calles rebosaban de gente que disfrutaba de las vacaciones; se abrían las sombrillas; se descorchaban botellas de champán; se lanzaban fuegos artificiales. Restaurantes, bares, hoteles, ferrys, tiendas de *souvenirs*, embarcaderos de yates y, como no podía ser menos, también el Hotel Iris, todo se engalanaba, cada cosa a su manera, con cierta ostentación. Sin embargo, para el Hotel Iris, el asunto no iba mucho más allá de bajar el toldo de la terraza, subir la iluminación del vestíbulo y cambiar la lista de precios en la pared a los de temporada alta.

La entrada del otoño llegaría pronto y nos pillaría por sorpresa, con su cambio de aires y sus olas diferentes, y todos regresarían a sus lejanos lugares de procedencia, desconocidos para mí. Los envoltorios de helado abandonados en las calles, y que hasta el día anterior habrían lanzado destellos brillantes, en el transcurso de una noche quedarían adheridos al asfalto, como extenuados.

Estaba yo en la droguería comprando dentífrico y, entonces, vi el perfil del hombre y lo reconocí al momento. No es que hubiera podido contemplar con detenimiento su

rostro aquella noche en el hotel; sin embargo, la silueta de su figura en pie, bajo la tenue luz de los farolillos, y la expresividad de sus manos se me habían quedado grabadas en la memoria. El hombre buscaba ahora entre los distintos tipos de jabón para lavar la ropa.

Pareció dudar durante largo rato: tomaba en sus manos cada una de las marcas, observaba las etiquetas y comprobaba el precio. Si ponía un detergente dentro de la cesta, al momento lo sacaba y, tras releer las indicaciones, lo volvía a dejar en su sitio. Permanecía atento solo a los detergentes para la colada. Por fin, se decidió por uno: el más barato.

No me explico por qué lo seguí, pero, en cualquier caso, no tenía que ver con el suceso ocurrido en el Hotel Iris.

Bien es cierto que sus palabras resonaban todavía en mi interior: el eco de aquella orden me atraía hacia él.

Tras salir de la droguería, el hombre entró en la farmacia. Allí entregó una receta y le dieron dos bolsitas de medicamentos, que introdujo en el bolsillo superior de la chaqueta. A continuación, se encaminó hacia una tienda de material de oficina, dos bloques más allá. Escondida tras una farola, yo atisbaba, precavidamente, hacia el interior. El hombre parecía estar solicitando la reparación de una pluma para escribir, cosa que lo mantuvo conversando con el dueño de la tienda un largo rato. Desarmó la pluma y, dando indicaciones sobre cada una de las piezas, requería, no sin cierto ímpetu, algún tipo de

servicio. El dueño de la tienda mostraba la clara expresión de estar en apuros, pero ello no arredraba al hombre, que proseguía con sus explicaciones. Yo habría deseado conocer el contenido de tan intensa arenga, pero hasta donde me encontraba no llegaba su voz. Finalmente, pude observar cómo el dueño de la tienda parecía ceder a regañadientes.

Después, el hombre enfiló en dirección al paseo marítimo. Avanzaba a buen paso, con la espalda bien recta y la mirada al frente, y el fuerte calor no le animaba a quitarse la chaqueta ni aflojarse la corbata, perfectamente anudada. Con su mano izquierda sujetaba la bolsa de plástico que contenía el detergente para lavar la ropa, y el bolsillo de la chaqueta destacaba, abultado, con los medicamentos en su interior. A pesar de que con la bolsa llegó a golpear, en ocasiones, a algunos transeúntes, ninguno de estos se tomó la molestia de volver la mirada hacia el hombre. Solamente yo lo miraba, y el percatarme de tal cosa me empujó a introducirme aún más ciegamente en ese extraño juego.

Ante el reloj floral de la plaza, un chico de aproximadamente mi edad tocaba el acordeón. No sé si por el hecho de que el instrumento era considerablemente viejo o por la particular técnica interpretativa del muchacho, el caso es que la melodía sonaba ciertamente descorazonadora. Durante unos instantes, el hombre se paró y escuchó la música. Los demás transeúntes pasaban de largo y ofrecían, a lo sumo,

una fútil mirada al acordeonista. Yo permanecía algo alejada. Sin aplausos ni peticiones que echaran a perder aquella atmósfera, el hombre se mantuvo inmerso en la sonoridad del instrumento mientras, detrás de ellos, las agujas del reloj floral proseguían su avance.

Por fin, el hombre lanzó una moneda a la funda del acordeón, que produjo un suave tintineo, y el chico mostró su agradecimiento con una reverencia. El hombre, sin cambiar el gesto y en silencio, reanudó la marcha. A mí me dio la sensación de que el rostro de aquel joven se asemejaba al de la estatua de la fuente en el patio.

¿Hasta dónde tenía yo intención de seguirlo? Lo único que había llegado a comprar del recado que me había encargado mi madre era la pasta de dientes, y empecé a preocuparme. A mi madre le irritaba que perdiese el tiempo mientras los clientes seguían llegando al hotel. Y, a pesar de ello, yo no era capaz de desviar la mirada de la espalda del hombre.

Entró en la sala de espera del embarcadero. «¿Es que va a subirse ahora al ferry?», me pregunté. La sala estaba muy animada, con niños acompañados de sus padres y con parejas de novios. El barco costeara la isla F., situada mar adentro, y hacía una parada de unos treinta minutos en el muelle. Aún quedaban veinticinco minutos de espera antes de la salida del siguiente ferry.